

8 –Madera y piedra en Billom. Thiers y su industria medieval. Riom, la antigua capital de Auvernia. Chateau Tournoël y Volvic. Le Plateau de Gergovie y única derrota de Julio Cesar en las Galias.

BILLOM



Pasaba el mediodía y hacía calor. Billom, atravesada por el pequeño río Angaud, me pareció un pueblo singular con unas casas de entramado de madera que le confería el aspecto de un llamativo libro de ilustraciones hecho realidad y que me catapultó a un auténtico festín de fantasías. Era un lugar que en cualquier momento de los últimos cuatrocientos años, habría tenido justo este mismo aspecto.

Me seducía la preservación del centro medieval y sumergido en la historia paseaba con placer entre edificios altos y torcidos que se inclinaban sobre los callejones curvos, angostos y oscuros en el que las construcciones estaban tan cercanas unas a otras que apenas podía pasar la luz del sol. Las casas de entramado de madera se adosaban con los restos del recinto medieval, conservando su plano medieval de bastida y mansiones notables.

A lo largo de las calles había un repertorio de casas urbanas de los siglos 13 y 14, junto a otras, como las Maison de Boucher, du Chapître y des Echevins, del siglo 15. La Maison du Bailly del siglo 15 y 16 y la Maison du Doyen y el Beffroi del siglo 16, junto una impronta medieval aun bien legible con las puertas fortificadas de acceso. El placer del paseo por esta ciudad, provenía del ambiente de la unidad arquitectónica en el interior de un laberinto de callejones floridos y los muchos detalles en las pintorescas casas con puertas, ventanas ornamentadas. Y que también allí no había casi nadie.



El pueblo se agrupaba alrededor de la colegiata de Saint-Cerneuf. De una rara elegancia, es un edificio gótico elevado sobre una antigua iglesia románica, de la que subsiste todavía una parte en el coro, el deambulatorio y la cripta. Al entrar, los rayos de sol se filtraban a través de las vidrieras creando un contorno de colores y las columnas románicas, los últimos vestigios del edificio original, servían como punto de partida para las costillas de los arcos góticos. La cripta era de una gran belleza, es una de las más antiguas de Auvernia s.11 y ha conservado soberbios murales.

La pintoresca ciudad de Billom creció entre la fértil llanura de verdes valles del Limagne y las estribaciones del Livradois-Forez. Fue apodada "Toscana de Auvernia" por Catalina de Medici, que pasó algunos periodos en esta ciudad, y le recordaba su Toscana natal. En la Rue des Boucheries hay una mansión solariega que pertenecía a la casa de La Tour d'Auvergne, Condes de Auvernia y familia de Catalina de Medici.





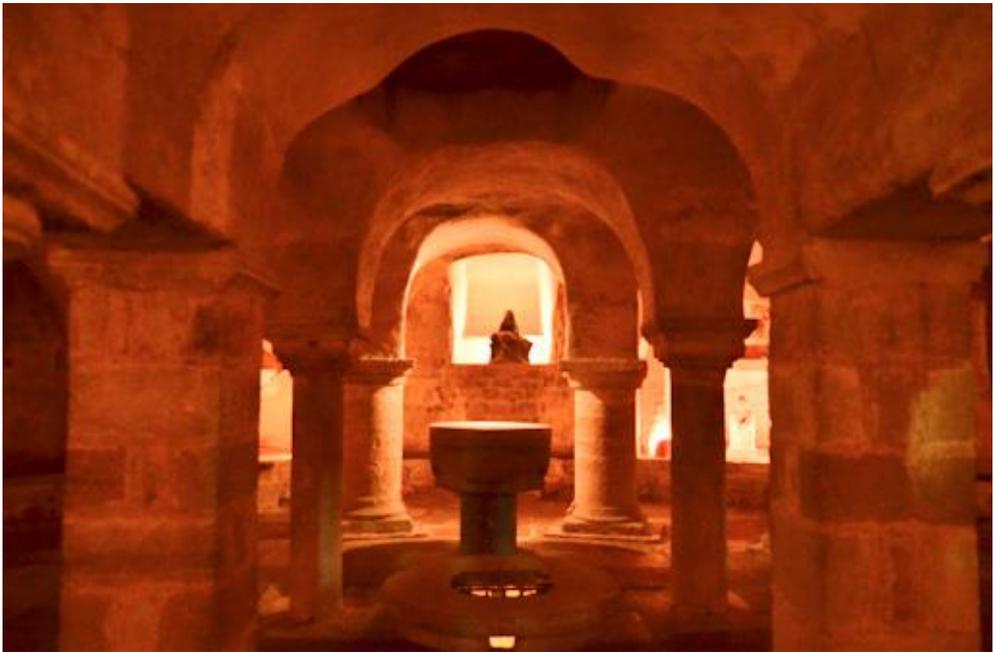
















THIERS



La carretera serpenteaba entre valles de cultivos o arbolados y permitía contemplar la ciudad, suspendida sobre un precipicio, en la ladera de un afloramiento rocoso sobre un meandro del río Durole. Parecía compacta y limitada por las colinas, que se elevaban por detrás, pertenecientes al parque natural de Livradois Forez. La calzada se elevaba velozmente y pronto ascendí a la ladera, que quedaba por encima del valle, llegando al parquin de autocaravanas 45.84985 -3.54085. El área estaba ubicada a la entrada de la ciudad, en un jardín tranquilo y un balcón panorámico. Y cómo no dejarse seducir por esta ciudad construida con casas adosadas a la ladera, como las gradas de un anfiteatro, eran las 18 h empezaba a atardecer y una luz anaranjada bañaba las casas por el sol poniente.

El panorama desde el mirador de las murallas ofrecía un llamativo espectáculo. Sobre su plataforma se contemplaba la llanura del Limagen con la pradera en toda su extensión y los rayos del sol iluminaban las colinas que había a lo lejos, en la línea del horizonte, pertenecientes a la cadena de Puys de los Monts Dômes y los Monts Dore.







Thiers fue una agradable sorpresa con sus empinadas calles en las que se ocultaban algunas bellas casas con entramado de madera del s.15 al 17 y sus misteriosos barrios, con nombres tan curiosos como el Rincón de la Suerte o el Agujero del Infierno, de calles tortuosas y fachadas de madera concienzudamente talladas. Deslucían el lugar los paraguas y colgantes multicolores que rompían el romanticismo histórico de este bello urbanismo.

En un paseo por el centro histórico descubría, en la Place du Pirou y la calle Pirou, las casas con dinteles alusivos, la ventanas con bastidores, sus entramados y sus aleros de madera labrada que hacían de esta calle una de las más bellas e históricas. Destacaba la Maison du Pirou del s.15, en la plaza del mismo nombre, con sus afilados tejados y tibias cruzadas en su fachada. La Maison des Sept Péchés capitaux, con su siete tallas de pecados capitales soportando el primer piso. Poco más allá se ubicaba la antigua puerta Charrier y la torre del maestro Raimundo, un vestigio del segundo recinto medieval del s.13. En la rue Conchette, o concha de vieira, que señalaba el recorrido que realizaban los peregrinos dirección a Compostela y cuyas casas poseían bonitos patios interiores, ya que este era el barrio rico de la ciudad. Me salía de la ruta por caminos gastados, subía y bajaba por las abigarradas callejuelas donde abundaban tiendas y talleres de cuchillos de calidad, en los que en otra época bulleron de actividad, hoy parecían dedicadas a la venta en detalle o al turismo.







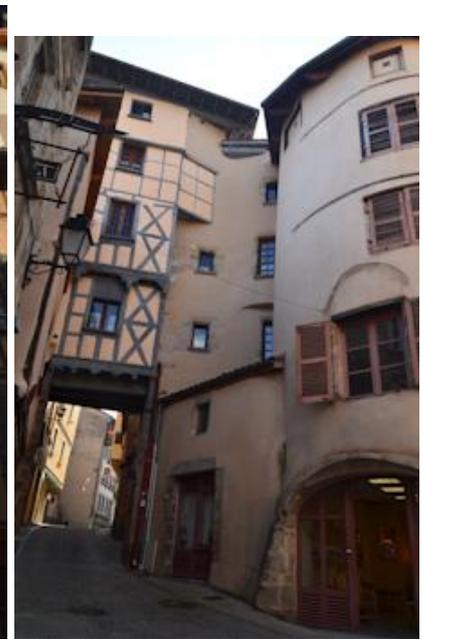
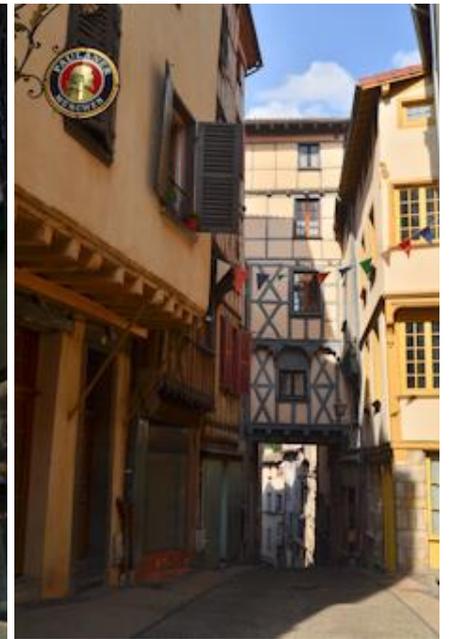


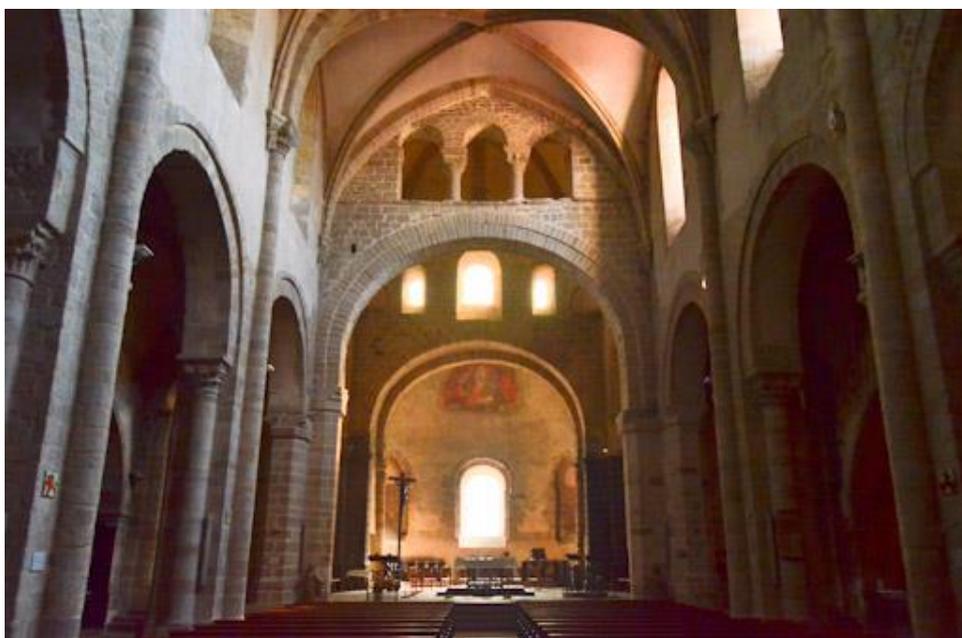
En la iglesia de Saint-Jean, construida en el s.15 en un acantilado sobre el río Durolle, y desde cuyo cementerio admiraba una bella panorámica mientras contemplaba el ocaso. El día tocaba a su fin y caminando al parquin, donde pasaría la noche, las callejuelas de Thiers estaban desiertas. Cuando llegué la oscuridad se había impuesto en el jardín.

La mañana del siguiente día ya apuntaba, prometía ser otro deslumbrante y caluroso día de verano. Volví a pasear por las callejuelas de la parte alta de Thiers, descubriendo con la mirada nuevas perspectivas de sus típicas fachadas antiguas y sus encantadores voladizos. Había que perderse con tranquilidad para encontrar la singularidad en sus callejones más ocultos, donde se descubrían barrios de casas entramadas situadas en numerosas terrazas y por un camino que descendía hasta el valle en sinuosas esquinas y curvas. Caminando por las tranquilas calles, que descendían al río Durolle, hallé un conjunto hermoso de antiguas casas entramadas, perfectamente conservadas y restauradas. A ambas orillas del río se hallaban los talleres de las industrias, que hacían uso de grandes cantidades de agua en docenas de cascadas y molinos, que activaban las muelas de piedra. Las factorías de cuchillerías ocupaban la orilla derecha y a lo largo del paseo había paneles informativos que mostraban escenas de cómo fue el lugar en otra época.











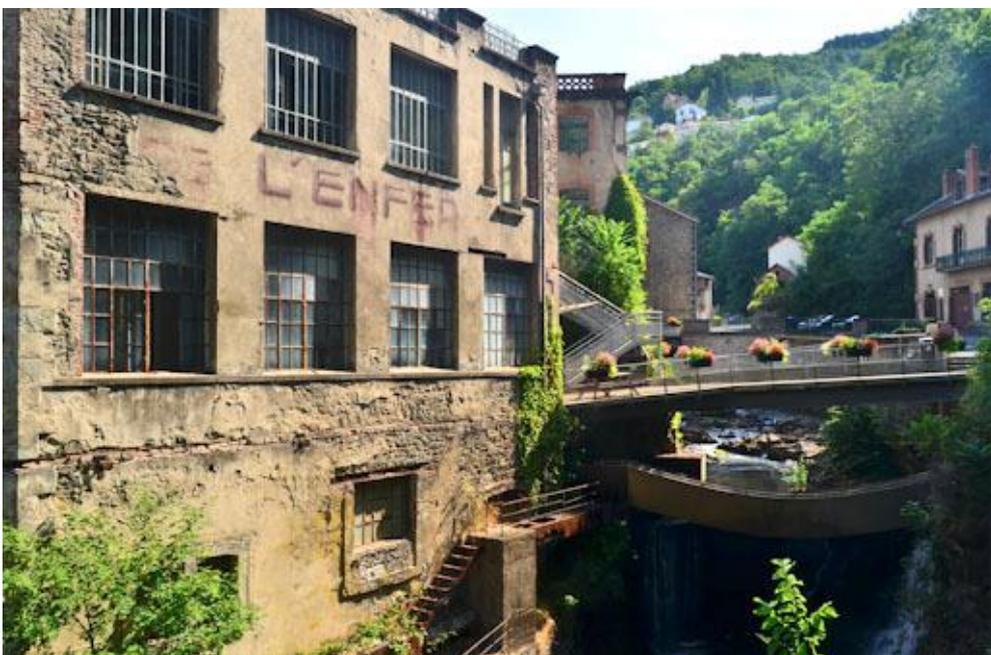


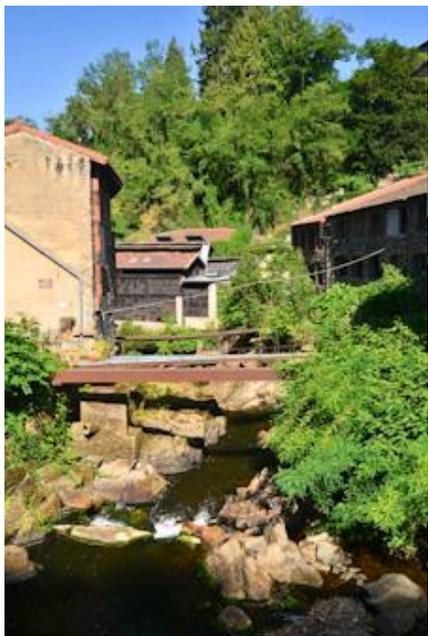
Los restos de las edificaciones industriales, que se sucedían a lo largo del tumultuoso Durole, proporcionaban un aspecto muy misterioso al lugar. Algunos de los edificios abandonados han sido rehabilitados, como es el caso de la fábrica del Creux de l'Enfer (llamada "hueco del Infierno" por el calor que sufrían los trabajadores) antigua cuchillería transformada en centro de arte contemporáneo, o de la fábrica de May, sede de la Casa-Museo de la Aventura Industrial.

Capital francesa de la cuchillería, Thiers conserva un importante patrimonio relacionado con esta actividad ancestral. El valle de las fábricas fue el lugar destacado de la producción de cuchillos entre los siglos XIV y XX, usando el río para instalar las ruedas de molinos como energía hidráulica. La tradición se remonta a la Edad Media, cuando los cruzados de Auvernia trajeron de Oriente los secretos de la fabricación de cuchillas. En el siglo XVI ya había ciento setenta maestros cuchilleros y en este lugar llegaron a fabricarse hojas para las guillotinas. Hoy en día esta ciudad todavía produce el 70% de cuchillos, maquinillas de afeitar, utensilios de cocina, equipos quirúrgicos y otros objetos punzantes para toda Francia.

El recorrido me llevó a un puente sobre el Durole y tras subir por tortuosas calles con antiguas casas de entramado de madera, viviendas de los trabajadores de las factorías, llegué a la Place du Pirou y donde me despedí de la experiencia de esta hermosa ciudad.







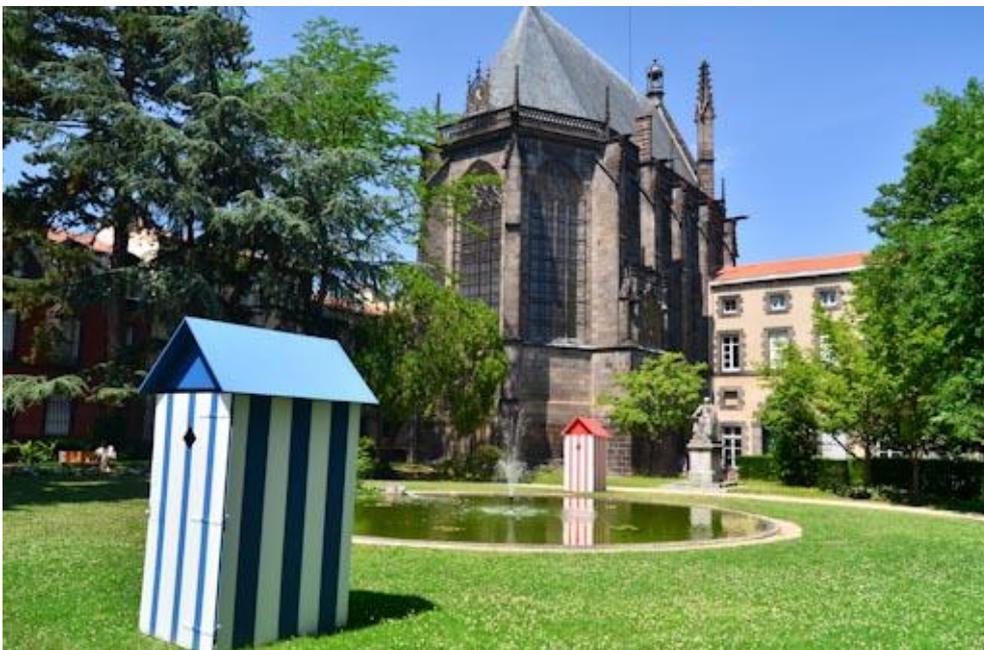


RIOM



Saliendo de Thiers, y siguiendo la A 72 volví a cruzar el Allier, esta vez definitivamente; el río que me ha acompañado en la ruta desde el departamento del Haute Loire. Lo volveré a encontrar cuando en un futuro recorra las tierras del departamento de Allier, y completando el recorrido por Auvernia. Conectando con la A 71, atravesé rápidamente la planicie del Limagne y llegué al área de Riom 45.89465 – 3.1247, poco antes de las 14 horas. El tranquilo lugar estaba ubicado dentro de un recinto cerrado, pequeño y próximo a la estación del tren y al centro de la ciudad.

Y me dirigí a la coreografiada y elegante ciudad, por una amplia calle bordeada por altas y lisas fachadas de antiguas casas elegantes y cuyas celosías permanecían cerradas a la luz del sol. Aquel día la temperatura era de 35 grados y el calor reverberaba desde el asfalto, despidiendo vaharadas de aire caliente. El Square Virlogeux tenía unos jardines impecables con setos, de unas líneas perfectas que parecían artificiales, un refrescante estanque y bancos la sombra de los árboles. Al atardecer vendría a este lugar en busca de un poco de aire que respirar.







La rue du Commerce era un gran boulevard de gran elegancia y esplendor con sus palacios, pórticos, sus calles y plazas llenas de color e inmersas en una relativa quietud. La ciudad al completo pareció sumirse en el silencio a causa del sol implacable que caía sobre sus calzadas, y paseando por sus calles sentí una sensación de tranquilizadora soledad.

La rue du Commerce me llevó al Carrefour des Taules. Riom estuvo protegida por poderosas fortificaciones las cuales, una vez demolidas, se convirtieron en amplios bulevares de los parten sus dos principales calles articuladas en el Carrefour des Taules; siendo el lugar del reflejo de su esplendor pasado y donde se levantan algunas de las casas antiguas más interesantes de la ciudad. El ayuntamiento del s.16 con un magnifico patio interior, el palacio Guymoneau con una escalera adornada con finos detalles esculpidos, y muchas casas y mansiones con fachadas notables de ventanas talladas.

En la Rue de L'horloge, esquina con Taules, se levantaba la torre octogonal del Reloj que es una antigua espadaña símbolo de las libertades comunales. Reconstruida en el Renacimiento sobre su base medieval se adorna con un reloj de sol y una salamandra, emblema de Francisco I, que recuerda que Riom fue una ciudad real de 1521 a 1532. Desde lo alto de la torre (128 escalones), una vista panorámica permite descubrir un magnífico panorama de la ciudad y sus alrededores. En mi visita estaba cerrada.



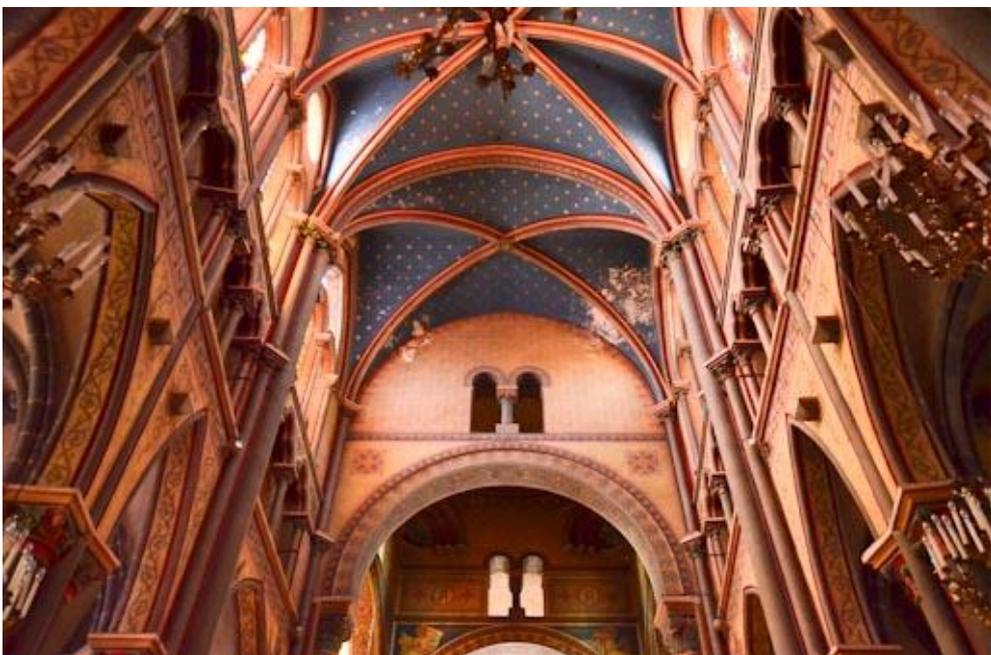




El románico tardío, y los comienzos tempranos del gótico de la abadía de Saint-Amable, quedaba iluminado por los rayos del sol veraniego que entraba generosamente por las vidrieras de múltiples colores, proyectando caprichosos dibujos azules y rojos sobre las columnas y paredes de la nave y el coro. Levanté la mirada hacia las bóvedas y me sentí empequeñecido por las columnas románicas y las arcadas góticas. La ciudad de la Alta Edad Media se agrupó alrededor del grupo eclesial, fundado en el s.5 por Saint-Amable, cuya peregrinación a las reliquias del santo aumentó la fama de la ciudad y permitió su desarrollo. La Basílica de St-Amable del s.12 queda la nave y una parte del transepto, el coro de principios de s.13 son una mezcla de estilos románico y gótico. Las capillas laterales del norte, con sus ojivas finas datan del s.15 y las capillas laterales del sur son del s. 18.

Para descubrir la ciudad y su arquitectura civil, nada mejor era que pasear por sus calles laterales entre casas silenciosas, con flores en las jardineras de las ventanas que tenían los postigos cerrados para protegerse del sol, y cuyos diferentes estilos arquitectónicos me llevaban a un verdadero viaje en el tiempo. Restos de entradas o arcos permitían descubrir e imaginar numerosas casas de piedra, que se desplegaban a lo largo de las calles como un escenario, sorprendiendo con la atmosfera y el encanto de sus fachadas en colores sureños.







El centro histórico estaba bien conservado, la belleza era abrumadora y la luz del sol se colaba por entre los edificios circundantes reflejándose en la piedra y confiriendo una luminosidad casi divina. Numerosas fuentes borboteaban en plazas, calles y esquinas, dando una ilusión de frescor en el ardimiento de la tarde. La arquitectura de Riom, extrae su particularidad del mineral. De hecho, muchos edificios están contruidos de piedra de Volvic (población en las estribaciones del Puy Dôme), piedra gris que se oscurece con el tiempo, pero sus fachadas quedaban pintadas en claros colores pasteles o cremas. Las casas de madera desaparecieron en su mayoría durante los incendios de finales del s.15.

Estaba oscureciendo y sentí una extraña sensación de paz; la larga y amplia calle du Commerce estaba a la sombra, mientras el sol se ponía detrás de las casas. Estaba acurrucado, en un banco de jardín Virlogeux, al tiempo que los últimos rayos del sol de la tarde veraniega continuaban calentando las zonas asfaltadas donde me hallaba. A mi alrededor, alguna pareja miraba o hablaban en voz baja, y noté la calma familiar que me produce descansar cuando estoy exhausto y agradablemente aturdido. Era un atardecer magnifico, el cielo estaba límpido y el jardín difundía en el aire la fragancia de su perfume. Pero la noche no llegó a sofocar el calor que desprendía la tierra.













CHATEAU TOURNOËL



Estaba en Riom y amanecía. El día sería claro, diáfano, bello y el calor matinal era intenso. Con destino en la población de Volvic, en un corto recorrido, llegué a los contrafuertes de los volcanes de Puy Dôme. Eran las 10,30 y el sol se alzaba en un cielo azul despejado y desde Volvic asomaba, oscuro y sólido apiñándose de manera severa encaramado en un afloramiento rocoso, el Castillo de Tournoël. Un bosque asomaba por encima de las almenas. Subí al castillo por la ruta de senderismo desde Vovic, en un magnífico paseo por el bosque, que me llevó al castillo de sólidos muros de color oscuro. Torreones, torres y almenas dentadas se extendían sobre una meseta cubierta de un verde empenachado y en lo alto flotaba una bandera en la que se habían bordado el escudo de armas del propietario.

La guía Michelin, con la que viajaba, era de 2002 y en ella me narraba un castillo en románticas ruinas, alto y lóbrego, rodeado de un bosque salvaje verde y sin carreteras. Siendo mi sorpresa cuando me encontré un castillo rehabilitado. Un castillo en gran parte nuevo con piedras blancas o coloridas, suelos nuevos, puertas, ventanas y tejas recientes. Todo sin la erosión ni la pátina que da el tiempo a las viejas piedras, solo los lienzos de las murallas y torres demostraban la antigüedad de la construcción.





El castillo solo se puede visitar con guía, familiares del propietario del lugar. Yo prefiero la libertad de una visita libre, a mi aire, con un folleto descriptivo y sin seguir a grupos. Pero lo más molesto fue la prohibición de fotografiar el interior de los apartamentos, por ello hoy y al escribir este relato me cuesta recordar y debo remitirme a las impresiones del diario de viaje. La visita duró más de una hora, en la que el guía llevaba a los visitantes de una habitación a otra con gran habilidad y demostrando amplios conocimientos de la historia, la restauración y los miles de detalles que adornaban las estancias.

Además de recorrer los apartamentos, la sala de guardias, las cocinas, la capilla y torres, la visita también permitió disfrutar desde lo alto del torreón de una magnífica panorámica de Volvic, el Limagne y los montes de Forez. La llamada "sala de curiosidades" era un lugar que representaba el carácter excéntrico del propietario y es representativo de una antigua época de personas, con recursos económicos y avidez de conocimientos, que recorrían el mundo regresando con miles de "suvenires" en forma de animales disecados, adornos étnicos, pieles de serpientes, conchas, esqueletos, lanzas, flechas y las más inconcebibles "curiosidades" o cachivaches. Todo era explicado por el guía, con un gran entendimiento, ante las preguntas de los visitantes.







La historia de Tournoël comienza alrededor del 1200. En ese momento el castillo pertenecía a la poderosa familia de los Condes de Auvernia. Guy II, orgulloso, independiente y beligerante, está en guerra constante con su hermano el Obispo de Clermont. El rey Felipe Augusto utilizó estas disputas como pretexto para atacar las fortalezas de la región, convirtiéndose el castillo en posesión real. El rey Felipe el Hermoso (el que eliminó la orden de los Templarios) lo transfiere a otras linajes, a cambio de posesiones en el Limousin, pasando de mano en mano por diferentes familias.

La poderosa fortaleza fue atacada cinco veces a lo largo de su historia, y después de cada asedio siempre fue restaurada. En 1200 se construyó la torre de homenaje. De 1300 a 1400 el gran torreón circular de 30 metros de altura y un diámetro de más de 10 metros con paredes de 4 metros de espesor. De 1400 a 1450 decoración de la residencia y la capilla Santa Ana y una torre para las nuevas armas, los cañones. A partir de 1450 se realizó una importante campaña de trabajos de embellecimiento de los patios interiores.







El castillo fue abandonado en el siglo XIX y sirvió como cantera de piedra. Todos los suelos, de baldosas de piedra de Volvic, desaparecieron junto a decoraciones y mobiliario. Una tormenta destruyó en 1840 el techo del gran salón y del dormitorio. A partir de 1920 la familia Chabrols, propietaria de la ruina, emprendió la tarea de mantener el castillo y pusieron una guardia permanente que detuvo el expolio de las piedras y tallas. A partir del 2000 los nuevos propietarios Claude y Bernadette Aguttes, herederos de Chabrols y perteneciendo a una rica familia, con su propia fortuna llevaron a cabo una restauración total del castillo.

Al conseguir el archivo histórico del castillo lo hizo sin modificar su estructura original, pero también fuera de la rigidez de las obras públicas, improvisando a su gusto con algunas fantasías en la reconstrucción de los espacios habitables, mobiliario de la época de mayor esplendor y decoraciones del patio y del interior. El castillo es su casa, vive ahí, y todas las sumas recaudadas por la venta de entradas de la visita se reinvierten íntegramente en su reconstrucción.



VOLVIC



Luego, después de la visita de Tournoël, volví a bajar colina por el camino por el que había subido, y sin ver a nadie. Llegué al límite de la ciudad pasado las 12.30 h y el medio día abrasador me cerró los parpados. La población estaba vacía, tranquila y dándome la vuelta contemplé, en lo alto de Volvic, la silueta del castillo medieval de Tournoël como si fuera un centinela recortándose sobre el cielo azul.

Paseaba admirando la diversidad de su arquitectura y urbanismo de calles estrechas, bordeadas de edificios de piedra y sus fuentes construidas de piedra de lava oscura. Fuentes famosas, por su agua de manantial, que me refrescaron en el bochorno de las primeras horas de la tarde. Volvic está construida al final de un flujo de lava que desciende de un volcán y explota un manantial cuya agua, filtrada por gruesas capas de rocas volcánicas, es de gran pureza. La población, situada en el corazón de un paisaje moldeado por erupciones volcánicas, es también una de las puertas de entrada al Parque Natural Regional de los Volcanes de Auvernia. Un conjunto de pequeñas carreteras penetran en su interior y se aproximan a los Puy de Lemptegy, de Pariou, Vulcania o el propio Puy de Dôme.







Volvic entra en la historia con el antiguo priorato de Mozat y el traslado de las reliquias de Saint Austremonie de Issore a Volvic. Muchos milagros atraen a los peregrinos a Volvic y un monasterio de 20 a 30 monjes benedictinos, ricamente dotados, se construye cerca de la iglesia. La importancia del culto permite el desarrollo de la ciudad y un recinto de 5 hectáreas forma el recinto monástico y el pueblo gana importancia gracias a la existencia de la abadía y la construcción de grandes casas de nobles. Es también a la industria de la lava a la que esta ciudad debe su actividad. La ciudad fue conocida por primera vez por su piedra de lava, oscura y resistente, explotada desde el siglo XII. Es a partir del siglo XIII que las canteras comienzan a suministrar toneladas de piedras a iglesias y mansiones de Dôme, y más allá de Auvernia.

Al comienzo de la tarde el calor aumentaba y las sombras que proyectaban las casas no eliminaban el ardor que emitía el asfalto. La abadía estaba cerrada y no pude refugiarme en el frescor de su interior. Marché al Plateau de Gergovie ya que quizás al dejar atrás la planicie, y allá en la altura, corriese el aire.



PLATEAU DE GERGOVIE



Cuando llegué a la meseta de Gergovie, estaba avanzada la tarde. El aire permanecía inmóvil y noté una sensación de calor intenso, en cuanto estacioné en el parquin de la plataforma a 744 m de altitud. Salí de la autocaravana y de pronto una vigorosa luz me hirió los parpados. Al resplandor del sol vi ante mí una grandiosa vista de la cadena de Puys, las montañas de Sancy, la planicie del Limagne, los grandes núcleos urbanos como Clermont Ferrand y el Puy de Dôme cuya silueta se perfilaba débilmente. Era un día luminoso y de bochorno, pero con el sol velado con gasas desgarradas que cubrían el cielo enturbiando el panorama y convirtiendo el paisaje en una imagen sucia y opaca. Desde el monumento conmemorativo a la batalla recorrí un itinerario señalizado, fácil y plano por caminos donde abundaban la maleza, reseca y quemada por el verano, que crecía entre los restos arqueológicos difíciles de definir.

La vasta meseta de Gergovie es famosa por haber sido el lugar de la batalla entre Vercingétorix y los ejércitos de Julio César en 52 a.c. Un joven aristócrata, llamado Vercingétorix, logró movilizar a los diferentes pueblos galos para oponerse al avance romano. En la primavera de 52 a.c. condujo a César y su ejército al pie de la meseta de Gergovia, donde las tropas de Vercingétorix habían tomado posiciones en las alturas. El campamento estaba protegido por las laderas de la meseta y dos murallas.





César tenía seis legiones con 36.000 hombres. Las tropas galas, superiores en número, estaban dispuestas alrededor del campamento en la meseta. La batalla duró tres días y todos los intentos de asalto de César fueron en vano y los romanos, que habiendo perdido 700 hombres, abandonaron el campo. Esta fue la primera y única derrota de César en la Galia. Después de la victoria Vercingétorix fue elegido líder supremo de los pueblos galos. Pero su gloria duró poco, en el verano del 52 a.c. los dos líderes se enfrentaron de nuevo en Alesia y esta vez César ganó, poniendo así fin a las esperanzas de independencia gala. Las primeras excavaciones se remontan al reinado de Napoleón III, siendo éste el comienzo del desarrollo de Gergovie como símbolo de la historia nacional de Francia y que conducirá a la construcción del monumento a la gloria de Vercingétorix y emblema actual de la meseta.

Tal era el calor que se respiraba mal en el lugar. Regresé a St-Saturnin a pasar la noche en la amplia explanada de la oficina de turismo. El calor parecía perseguirme y buscando algo de frescor me refugié en la iglesia, un lugar de paz y silencio provisto de la tranquila fuerza de una larga devoción. Permanecí sentado, leyendo una novela en un discreto rincón, mientras los rayos del sol del atardecer se filtraban a través de las ventanas proyectando caprichoso juegos de luces y sombras sobre las paredes de la nave.

